

Los libros son aburridos, yo quiero pintar

Hace unas semanas confirmaron los resultados de los análisis. Los médicos comunicaron a los padres de Ana lo que más temían. Mientras se lo explicaban, su madre no pudo aguantar las lágrimas. El padre serio, intentó consolar a su mujer, pero no tuvo mucho éxito. Poco después, el médico dejó de hablar y se hizo el silencio en aquella triste habitación llena de carteles sobre una buena salud, higiene, etc.

Al fin, el padre reaccionó. Se levantó de la modesta y negra silla y le dio las gracias. Luego, la mujer le imitó. Durante el camino a casa, en el coche ninguno hablaba, no se escuchaba ni una voz, sólo el ruido de fuera. Aparcaron. Seguían los dos callados, ni una palabra, serios. La madre sacó las llaves de uno de los bolsillos de la chaqueta y abrió la pequeña puerta de la verja que rodeaba la inmensa casa. A continuación, la verdadera puerta. Al entrar había un pequeño "hall", que daba a la parte de arriba de la vivienda, al salón y a un pasillo cuyo fin era la cocina. La mujer dejó su pesado abrigo en el perchero, luego fue directa al salón y se sentó en una de las butacas de cuero enfrente de la chimenea, ahora apagada. Todavía era la una de la tarde. El padre dejó el sobre con los resultados encima de una mesita con flores que había en medio del "hall" y se quedó contemplando a la madre. Pasó un buen rato y nadie mencionaba lo evidente, la madre de Ana ni se inmutaba. Por fin, el padre se dirigió a ella:

- Isabel, hay que pensar en cómo se lo vamos a decir a Ana.

- ¿Decírselo? ¿Cómo vas a decirle una cosa así?

- Tiene que saberlo, ¿qué le vamos a decir si se pusiera muy enferma? ¿Qué es un simple catarro?

- No digas eso Pedro, exclamó Isabel gritando mientras se echaba a llorar.

Pedro se agachó y se apoyó en sus rodillas. Luego dijo más calmado:

- No tiene por qué ser así. Si sigue las instrucciones del médico, podrá seguir como hasta ahora.

Isabel dejó de sollozar y le miró a los ojos:

- ¿Y cómo le vamos a explicar eso? No lo va a entender.

- Lo entenderá si se lo explicamos bien, tampoco es tan grave.

- ¿Qué no es grave?

- Isabel, no saques las cosas de quicio.

Después, sonó el enorme reloj de madera del salón e hizo sobresaltar a Isabel.

Pedro se levantó y dijo:

- Es hora de ir a buscarla a la escuela, prepara su postre favorito, y mientras se lo come se lo decimos.

Isabel asintió con la cabeza y se levantó ágilmente hacia la cocina.

Pedro cogió las llaves del coche y se dirigió al automóvil, mientras intentaba tranquilizarse y aparentar normalidad. Varios minutos después, llegó al colegio donde estaban saliendo ya los niños. Él, como siempre, la esperaba dentro. Poco después se oyó el sonido de la puerta. Pedro intentaba sonreír y le preguntó a su hija como todos los días a la misma hora:

- ¿Qué tal el colegio hoy, princesa?

Ana sonreía mientras se ponía el cinturón y le contaba su fantástico día. Ella le dijo que en mate había sacado un 9 y que la profesora de lengua, Carolina, le había recomendado que leyera más, pero ella no quería, porque según su opinión los libros eran aburridos, y le gustaba más pintar.

Ana está en segundo de primaria, tiene 7 años. Tiene el cabello dorado y liso, más o menos, media melena. Siempre sonríe, es una de las cosas que caracterizan a Ana. Jaime, es su mejor amigo desde infantil. El padre de Jaime es un hombre de negocios y siempre está fuera.

Cuando llegaron a casa, Ana dejó la mochila en el "hall" y se dirigió corriendo hacia la cocina donde estaba su madre y la abrazó fuertemente con una sonrisa. Isabel le devolvió la sonrisa y le dijo:

- Hoy comemos tu postre favorito, tarta de manzana.

Ana gritó de alegría:

- ¡Qué bien!

Y se dirigió a su asiento, esperando impaciente la comida. Luego todos se sentaron en la mesa a comer. Ana tenía tantas ganas de comer el postre, que se tragaba los macarrones con queso enteros, como si fuera una competición a ver quién terminaba antes. Su madre no podía dejar de mirarla, pero ella no se daba cuenta, estaba demasiado ocupada pensando en su postre preferido.

Los padres intercambiaron miradas fugaces y al fin, decidieron dirigirse a Ana:

- Princesa, ¿te acuerdas de aquellos análisis de sangre que te hicieron hace unas semanas?

Ella sonrió y afirmó con la cabeza.

- Pues hoy nos han dado los resultados y no están bien del todo.

Ana dejó de comer la tarta y empezó a mirar a su padre con preocupación. Él le dijo que tenía leucemia aguda. Ella seguía sin entender y decidió preguntar. Tras unos minutos de silencio, su madre le explicó que tenía un número de glóbulos blancos excesivos y no formados del todo. No eran capaces de madurar y no dejaban espacio a los pocos que maduraban, pero con algún defecto. Ana bajó la cabeza y empezó a dar vueltas con el cubierto sobre el plato, como si se le hubiera quitado el hombre. El padre se dirigió a ella y le dijo con tono tranquilizador:

- No te preocupes, princesa, aunque tu sistema inmunitario sea bajo, no pasa nada. El médico nos ha dado unas sencillas instrucciones y podrás seguir igual hasta ahora sin que te pase nada.

Ana se quedó más tranquila y resopló:

- Uf, me había preocupado.

Sus padres sonrieron. Tras terminar, Ana cogió su cartera y subió las escaleras decidida a ir hacia su habitación. Nada más entrar, dejó la cartera en un rincón y se puso a hacer los deberes en su escritorio. Mientras, sus padres seguían hablando en la cocina sobre el tema y recogían la mesa. Pedro al fin tranquilo, suspiró y dijo:

- Bueno, pues ya está. Ahora hay que leer las instrucciones y seguirlas. Pensaba que Ana se lo iba a tomar mucho peor.

- Mejor así. Ana es muy fuerte.

Y así lo decía Isabel con un tono de orgullo. Una hora después, Pedro estaba en su despacho como siempre e Isabel, dormida en el sofá. Ana terminó los deberes y sonrió con satisfacción. Se asomó a la ventana, estaba llegando el invierno y empezaba a hacer frío, pero, a pesar de ello, hacía un día con un reluciente sol. Como todavía no era la hora de merendar, se quedó pensativa, aunque poco le duró, ya que tras despertarse de su propio pensamiento, se dirigió sin dudar hacia una carpeta azul marina de la estantería y sacó un par de folios en blanco. Extrajo sus pinturas de colores del segundo cajón y lo primero que se le ocurrió lo pintó. A Ana le encantaba dibujar y siempre se sacaba dieces en plástica. Ella decía que de mayor quería ser una famosa pintora.

Pasaron tres semanas y Ana enfermó debido al frío del invierno y a su delicada salud. Pasó mucho tiempo antes de volver a estar entre sus compañeros y por eso, Jaime le iba a ver casi todos los días por la tarde después del colegio. Ella siempre le esperaba ansiosa. Pero por las mañanas, mientras Jaime estaba en clase, Ana se aburría mucho y pintaba. Todas las mañanas hacía lo mismo y ya estaba cansada de pintar, tenía tantos dibujos que no cabían en el corcho de su habitación. Una mañana, Ana dejó de pintar y miró la estantería, en la que había una colección de libros que sus abuelos le regalaron las navidades anteriores. Olvidados hasta ahora en el último estante de aquel alto mueble. Intentó alargar el brazo, pero no llegaba, así que se subió encima de una silla para intentar coger uno. En ese momento, entró su madre y le preguntó sobresaltada subiendo el tono:

- ¿Qué haces encima de esa silla? Te vas a caer. Métete en la cama que vas a coger más frío y no te conviene.

Ella dijo que solamente quería coger uno de aquellos libros.

La madre la miró cariñosamente y le preguntó:

- ¿Cuál quieres? Yo te lo alcanzo.

- ¡Aquel! Gritó casi inmediatamente señalándolo con el índice.

Era un gran libro de pastas moradas con unas letras doradas. Luego, Ana se metió en la cama y su madre la acomodó mientras le decía:

- Si necesitas cualquier cosa o te ocurre algo estoy en la cocina, ¿vale?

Después le dio un beso en la frente y cerró la puerta suavemente. Ana miró durante unos minutos aquella portada, morada con unas cuantas letras, sin dibujos. A continuación abrió el libro por la primera página y empezó a leer sin muchas ganas. No quería leer, pero era mejor que seguir pintando. De tanto dibujar se había quedado sin ideas.

La mañana pasó volando, al menos para Ana. Pedro llegó a casa y puso la mesa para comer, mientras charlaba animadamente con su mujer en la cocina. Isabel llamó a Ana un par de veces por la escalera. Al no oír ningún ruido ni que nadie contestara, Isabel se empezó a preocupar y subió las escalones de dos en dos temiendo que algo malo le hubiera sucedido a su hija.

Cuando abrió la puerta, Ana estaba en la cama leyendo, tal como la había dejado. Seguidamente subió el padre. Isabel se había quedado tan sorprendida al ver a su pequeña leyendo aquel pesado libro por propia voluntad, que quedó inmóvil. Ana la miró y preguntó:

- ¿Pasa algo, mamá?

Su madre reaccionó a tiempo y sonrió.

- Vamos a comer, que ya es hora.

Ana bajó de la cama de un salto y sonriendo bajaba las escaleras. Isabel no entendía nada. Su padre le dijo que parecía estar mucho mejor y Ana sonriente, asintió. Cuando llegaron a la cocina su madre le dijo:

- Esta tarde vamos al médico a ver que te dicen. Ha llamado Jaime, hoy no podrá venir porque tiene que estudiar.

Ana al oír eso se le quitó la sonrisa. ¿Qué iba a hacer ella toda la tarde? Pero luego pensó en aquel libro que estaba leyendo y le dijo a su madre con una sonrisa:

- Bueno, no pasa nada.

Su madre estaba cada vez más sorprendida y le puso la mano sobre la frente por si tenía fiebre, pero nada. Después comieron y Ana subió corriendo a su cuarto en cuanto terminó. Había descubierto un mundo maravilloso de magia y sueños, donde todo era posible. El libro trataba de una niña con tres años más que ella, Elisa.

Estaba enferma y no podía salir a la calle así que siempre estaba en casa. Ana se identificaba con ella y eso es lo que la animaba a seguir leyendo. Elisa escribía sus propios cuentos y luego los dibujaba. A Ana le pareció una genial idea y ella también empezó a escribir cuentos que luego se los leía a Jaime y a toda su familia.

Por la tarde, sobre las cinco y media, fueron al médico Ana y su madre. Por fin le dijeron aquella tarde lo que llevaba esperando oír desde hace varios días. Ana ya casi estaba totalmente recuperada, en unos días podría volver a la normalidad y volver al colegio aunque tendría que aumentar su tratamiento y medicación por su salud y para el bienestar de todos. Al escuchar que podría volver dentro de poco a estar con Jaime y sus compañeros del colegio, empezó a saltar de alegría y su madre mirándola, soltó una pequeña y corta carcajada como signo de felicidad. Tras agradecersele, Isabel tomó la mano de su hija y regresaron a casa.

Treinta años después...

- Esta es una de mis anécdotas durante mi infancia. La experiencia que me hizo amar la literatura, el poder del saber. Debo agradecer este premio a mis abuelos, por comprarme aquel bendito libro que me inició en este mundo de fantasía y color, a mis padres, por creer en mí y a mi delicada salud, que me hizo entender que la vida no es siempre como la esperas, tiene sus propios caminos y nosotros elegimos el nuestro, pero nunca sabes la meta que te tocará. Hace tiempo ya que renuncié al pincel para dedicarme a la pluma. Ahora, soy escritora profesional de cuentos de literatura infantil y he recibido tres premios.

Os he contado esta anécdota porque es una enseñanza sobre la importancia de las decisiones que tomamos cada día, no siempre correctas, de la influencia de un buen libro sobre un niño y que con un simple gesto, como el que tuvieron mis abuelos conmigo, me di cuenta de lo que realmente quería, de lo que quería ser y de lo que soy y por ello les doy las *gracias*.

DATOS

Nombre: Sara Antonio Sanz.

Curso: 3º ESO.

Categoría: B

Centro: IES Eulogio Florentino Sanz (Arévalo).

Código del centro: 05000427.